asolaban la Rusia, y la ciudad está llena de recuerdos de la empeñada guerra que duró hasta que Ivan venció por fin la resistencia de sus enemigos. El tártaro de hoy dia es un ciudadano respetable, mejor educado que el eslavo, y que respeta mucho más la rectitud y la verdad. Sus mezquitas no contrastan desventajosamente con una iglesia rusa, y sus minaretes interrumpen la monotonía de las cúpulas. En cuanto á las escuelas de los tártaros, son superiores á las que hay en la mayor parte de las ciudades rusas. El barrio tártaro del Kazan ofrece un conjunto muy agradable y pintoresco; y lo mismo podemos decir de los graciosos, aunque pequeños barcos de esos naturales, así como tambien de sus tripulantes. Esas embarcaciones, con sus fantásticas esculturas y caprichosos colores, ancladas en la orilla del poderoso rio, ofrecen la misma diferencia, cuando se comparan con los vapores rusos que surcan la ancha corriente, que la que divide al Oriente del Occidente, al asiático conservador del europeo progresivo.

El yugo tártaro pesó terriblemente sobre Rusia por espacio de más de dos siglos, pero cuando cesó no quedaron de él muchos vestigios, aunque en ciertos puntos ha sobrevivido en el lenguaje alguna palabra que despierta el recuerdo de aquellos dias de humillacion y tribulaciones. Así, por ejemplo, el viajero que recorre el Volga desde Nijny Novgorod, en uno de los magníficos vapores que hacen el servicio entre dicha ciudad y Astrakhan, observará que su billete de equipaje se designa con el nombre de *yarlik*, palabra que data del período tártaro y significa primitivamente una comunicacion oficial expedida por un khan tártaro: bien vemos cuánto se ha rebajado la importancia que tenia.

Más allá de Kazan el Volga se ensancha de nuevo, recibiendo á unas cincuenta millas de esta ciudad el caudal de aguas del Kama, la principal arteria de comunicacion con Siberia. Toda la parte inferior del rio solia estar infestada en remotas épocas de bandidos y piratas, sin contar que las ciudades y pueblos ribereños eran con frecuencia tomadas por asalto, ó incendiadas en algunos casos por los dos grandes jefes de las insurrecciones populares contra el Gobierno Imperial, Stenko Razine, que durante algun tiempo mantuvo una especie de soberanía en esta parte del país hace poco más de dos siglos; y Emeliano Pugachef, un cosaco del Don que, cien años más tarde, pretendió ser el Emperador Pedro III, llegando á causar no poca inquietud á Catalina II. Por fortuna, las rápidas galeras de los antiguos merodeadores y las barcas que servian para trasportar á las partidas de insurgentes, han desaparecido hace largo tiempo, y en su lugar numerosas barcas surcan la majestuosa corriente dia y noche, conduciendo al Norte y al Oeste los ricos productos del Sur y del Este. En ciertos sitios bastante apartados de la línea que siguen esas pacíficas flotas, y que tanto contribuyen á la prosperidad del comercio, los pescadores tienden sus redes, como lo hacian sus antepasados, lamentando sin duda los cambios introducidos por el progreso de la civilizacion desde aquellos tiempos felices en que las tribus nómadas descubrieron en alguna de las correrías la caudalosa corriente del gran rio.

Desde Tsaritsyn sobre el Volga, no léjos del sitio donde se hallaba la gran ciudad de Sarai, cuartel general del jefe mogol Batu y sus sucesores, una corta vía férrea conduce al viajero á Kalatch sobre el Don, desde donde los vapores le trasladarán directamente por el

rio á Rostof, y despues, cruzando las profundas y pálidas aguas del mar de Azof, á Crimea. La costa sur de esa península contiene algunos paisajes de los más hermosos que pudieran verse en el mundo, y aquí se puede disfrutar tambien de una primavera contínua, siendo de notar que en esta region favorecida no nieva.

Al norte de las montañas que bordean el mar hasta Balaklava y el valle de Baidar, el frio del invierno es tan riguroso como el calor del verano, de lo cual pudieron convencerse bien por propia experiencia ingleses y franceses cuando estalló la guerra de Oriente; mas apénas se ha pasado de la Puerta de Baidar ó Paso de Foros, penétrase en una region que por su conjunto pintoresco y su originalidad nada tiene que envidiar á las de Italia. «Su paisaje, dice Mrs. Guthrie en su «Viaje á través de Rusia», se ha comparado con el de Amalfi y de los Alpes marítimos, cerca de Salerno; pero la costa de Crimea desde Alonshta á Balaklava parece aún más magnífica. Los promontorios que se suceden aquí elevándose á la altura de mil ochocientos á dos mil piés, son más majestuosos que los anteriores, más escarpados y ricos en color, por la abundancia del mármol rojo: miéntras que las rocas, derrumbadas, que así como las de Amalfi se componen de caliza, están cubiertas de una vegetacion mucho más abundante y de hermosas flores, de las cuales los tintes sonrosados de algunas contrastan con el verde oscuro del pino táurico y del fúnebre ciprés. En las orillas del Mediterráneo, por el contrario, la tierra está casi desnuda, excepto en los parajes donde crece la vid ó el plateado olivo, que presta al paisaje su peculiar tinte gris. Preciso es confesar que en las costas de España, de Italia ó del norte de Africa, es raro ver, como en la Crimea oriental, lo magnífico y hermoso combinado con tan ricos colores.»

El viajero que sale de Sebastopol, considerado en general como el centro más importante de Oriente, ha de pasar por el sitio donde se erigió la antigua ciudad griega de Klerson cuya toma en el año 988 A. de J., supónese, tradicionalmente, que produjo la conversion de San Vladimiro, Gran Duque de Kief y la introduccion del cristianismo en Rusia. Más léjos se encuentra el cabo Partheniké y el famoso monasterio de San Jorge, que ocupa un lugar semejante á «un pequeño oasis suspendido como por encanto á varios centenares de piés sobre el mar, en medio de un anfiteatro de negras rocas basálticas, que se elevan majestuosamente al rededor.» En este magnífico promontorio estaba, segun dicen, el sepulcro de Artemisa la Táurica, la vírgen diosa á quien se sacrificaban cuantos extranjeros venian á visitar esta inhospitalaria costa, y cuya estatua fué trasladada á Grecia por Ifigenia, despues de haber reconocido á su hermano Orestes en uno de los extranjeros que ella, como sacerdotisa de la cruel divinidad, debia ofrecer en sacrificio.

No léjos del promontorio del cabo Partheniké y del monasterio de San Jorge, á la distancia de unas cuatro millas de Sebastopol, hállase la pequeña ciudad de Balaklava. A través de una pequeña abertura que se prolonga entre altas rocas, asemejándose hasta cierto punto á la desembocadura de un rio, las aguas del mar se precipitan en una bahía tan profunda que los buques de mayor porte pueden anclar á lo largo de las rocas. En cuanto á la ciudad, puede permanecer algun tiempo invisible á los ojos del viajero, si este mira desde arriba, pues sólo divisará un lago brillante encerrado entre escarpadas montañas, un promon-

torio de color rojizo que se refleja en las olas del mar, y rocas que, sobrepuestas de torres ruinosas, se inclinan rápidamente hácia el agua. El nombre de la ciudad parece derivarse del que se dió á un castillo griego, el de Palakion, del que nos habla ya Estrabon, y el cual dominaba la bahía, aunque tambien parece haberse tomado de una designacion italiana, *Bella Clava*, ó «hermoso puerto.» Este lugar parece haber sido frecuentado en remotas épocas por piratas escitas; el puerto quedó despues en poder de los griegos, y más tarde lo ocuparon los genoveses. A estos últimos debió sus fortificaciones, altas torres con murallas que se elevan junto á la desembocadura del puerto, y cuyas ruinas se pueden ver aún.

Hace unos cuatrocientos años los turcos se apoderaron de él, entregándolo despues á los tártaros, que lo conservaron hasta que Catalina II anexionó la Crimea á Rusia, hácia fines del siglo último. Entónces algunos griegos procedentes de Morea establecieron aquí colonias, y sus descendientes, aunque en reducido número, quisieron hacer armas contra el ejército inglés á la llegada de este, en setiembre de 1854. La morada de su jefe, el capitan Manto, es la única vivienda que se divisa desde el mar; el resto de la ciudad, una sola calle que contiene cien casas, poco más ó ménos, con dos iglesias, se extiende á lo largo de la orilla de lo que parece uno de los más pequeños lagos del norte de Inglaterra, cerrado por montañas de rápidas pendientes.

Dícese que en tiempo del loco emperador Pablo se colocaron cañones en estas alturas para hacer fuego contra todo buque extranjero que buscase refugio en el puerto en caso de estallar una tempestad.

Como á una milla de distancia, al norte de la ciudad, desarróllase la gran extension de terreno relativamente bajo conocida con el nombre de llanura de Balaklava, de unas tres millas de longitud por dos de anchura, bordeada en ambos lados por colinas, y cuyo centro está cruzado por varias calzadas y por el camino de Woronzoff, que divide dicha llanura en los valles Norte y Sur. El primero fué teatro de la heróica carga de los Seiscientos, de aquella brillante caballería ligera de lord Cardigan, que con temerario arrojo desafió la muerte ante la metralla de los rusos. Este espacio de terreno, regado con tanta sangre, es ahora un tranquilo y solitario prado donde el trigo crece con abundancia, pero un obelisco blanco señala el lugar donde se habia situado la batería rusa que tantas vidas costó. A la izquierda del monumento se hallan los montecillos que los rusos tomaron á los turcos en la mañana del dia que se dió la sangrienta batalla; en frente están las colinas de Fidinkine, que habian sido ocupadas por la infantería rusa dos dias ántes, y en el fondo se ven las posiciones que ocupaba su artillería de montaña. «Cuando contemplábamos estos sitios, dice un moderno viajero, apénas podiamos creer que fuesen la famosa llanura de Balaklava, ni ménos que esta tranquila y silenciosa pradera hubiera sido el teatro de tan tremenda lucha; los pueblecillos tártaros descollaban entre espesuras de árboles frutales, y poco habia que evocase el recuerdo de la sangrienta batalla, como no fuese un cementerio, de los muchos que hay en estos alrededores. El musgo y los líquenes impiden que se puedan leer bien las inscripciones, ó cuando menos lo dificultan mucho; los pámpanos han trepado por los monumentos, y en algunos sitios se ven diseminadas las losas sepulcrales; pero el desórden que se nota aquí parece natural, y por lo tanto no es desagradable.»

Más allá de Balaklava el valle de Baidar presenta en el espacio de más de diez millas una sucesion de cuadros pastoriles, que recuerdan á menudo al viajero los valles de Kent y de Surrey, en Inglaterra; los prados alternan con los bosques y los campos de trigo, bordeados por jardines y diversas plantaciones. De vez en cuando se ve algun pueblecillo tártaro, que por lo pintoresco contrasta con las míseras viviendas que en Crimea habitan los campesinos rusos. Dificilmente creerá el viajero procedente de Alemania que las mezquinas y sucias casuchas que ve despues de haber traspasado la frontera pueden servir de albergue á séres humanos, sobre todo si las compara con las aseadas casitas de los habitantes tártaros del valle de Baidar, con sus tejados planos, á veces casi ocultos por la espesura de los árboles frutales que las rodean. En la extremidad del valle el camino se eleva hasta que la parte más alta de la montaña que le cierra en uno de sus puntos extremos toca en la Puerta de Baidar ó Paso de Foros. En la cima hay una pequeña meseta, desde la cual se domina todo el valle, pudiéndose ver por primera vez el magnífico paisaje de la costa sur de Crimea. Más abajo se extiende el mar, cuyas aguas, generalmente tranquilas en la estacion calurosa, tienen un color azulado; entre el mar y la base de las escarpadas rocas prolóngase una estrecha faja de país fértil, donde se disfruta de un clima semejante al de Grecia é Italia.

Batchi-Sarai

Desde la cima del Paso de Baidar el camino baja rápidamente por una serie de curvas en